

imitar para los profesos. Pero tenían tan poco dinero los padres, que á ningún artista le convenia encargarse del trabajo. No habiendo otro remedio, acudieron al pintor de la feria. Cuando Murillo dió por terminada su tarea, se produjo un verdadero asombro, y la voz popular comenzó á levantar fábulas y leyendas para exblicarse satisfactoriamente la trasfiguración operada en el modo de pintar de nuestro artista. Erau estos lienzos tan admirables que, segun refiere el Sr. Madræzo, cuando un sobrino del ya citado Juan del Castillo, llamado Antonio del Castillo, pintor cordobés de nota, del cual conserva el Museo una Adoración entonada y de efecto, vino á Sevilla, tal impresión le produgeron los cuadros del cláustro chico, que exclamo lleno de desaliento.

—¡Ya murió Castillo!

Y, en efecto, pocos meses después dejaba de existir víctima de uno hipochondria.

Desde entonces empezó la era de felicidad en la vida de Murillo. Se le pedía trabajo á porfia, y pudo adquirir cierta posición desahogada que le permitió hacer boda decente con doña Beatriz Corbera Sotomayor, de cuyo matrimonio nacieron dos hijos, Gaspar y Gabriel, y nna hija Francisca; cura el primero, militar el segundo y monja la tercera.

Todos los demás rasgos de la existencia de Murillo, incluso la fundación de la Academia de Sevilla (1660), pertenecen á su vida artistica. Completamente aplicado á ella, ha producido un número incalculable de maravillas. En el catálogo hecho por el señor Tubino, constan al pié de 440, 45 de las cuales pertenecen á nuestro Museo, y claro es que en este número no pueden estar incluidos los muchísimos lienzos sueltos que poseen en España, sobre todo en Andalucía, familias particulares, ni toda la obra de su juventud, ni tanto y tanto como ha pasado á América durante su vida y después de ella. Así es, que por un cálculo aproximado, sale á dos cuadros por mes, y eso que los dibñjos, estudios y bocetos, que también se conservan, revelan que practicaba tantos trabajos preparatorios como los pintores del día. Verdad es que poseía una pasmosa rapidez para ejecutar, y con razon se le ha compara á Lope de Vega en punto á fecundidad.

Refiere á este propósito la tradición, que estando pintando una mañana en el convento de Capuchinos, entró un lego de la comunidad tráyndole el almuerzo en una cesta. Murillo terminaba un detalle, mientras el lego le miraba embobado. Al fin, no pudo menos de manifestar su asombro, y de decir, como formulando una aspiración irrealizable, cuán

gran dicha sería para él adornar su celda con una imágen producida por el pincel de Murillo. Este, al oírle, sacó la servillete de la cesta, la desplegó, la clavó en la pared, y, sin levantar mano, pintó en ella una Virgen, que hoy ostenta orgulloso el Museo Providencial de Sevilla, y que todo el mundo conoce con el nombre de *Virgen de la Servilleta*.

(Continuará.)

LO NOY MALALT

Lema: Conversas de vehinat.

—Qué m' han dit, senyora Antonia, que tenen lo noy malalt?

—Ay, si senyora... si.

—Y qué té?

—La verola.

—Ay, Jesús! Mala menja. Be, no es estrany, n' hi ha tanta *passa*... ¿Quant temps te?

—Dos mesos farà 'l dia tretse.

—Si qu' es menut!

—Per aixó que 'l pobrissó no ho podrà soportar.

—Qui sab, mare de Deu, qui sab. Miris, lo noyet de ma cunyada be 'n va surtir, y aixó que l' infelís no hi havia per hont agafarlo; tot ell era una lepra, y sempre ab aquell panteig, aquell panteig que... ¡ay! á mi se 'm cubria 'l cor. *Afiguris*, va estar deu días sencers y verdaders sense obri 'ls ulls.

—Lo meu ja 'n fa tres.

—Y qué li donan?

—Cada hora una cullaradeta d' uua medicina de color de such de bróquil y de tan en tau llet y mel; es lo que 'l metje ha dit.

—Qué no mama?

—Qui, 'l metje?

—No siga plaga, 'l noy.

—Dispensi, no se 'l que 'm dich, ab aquest trafech; lo nay, no: no vol pendre 'l pit.

—Oh, donchs creguim á mi y creurá una ximple.

—Si, si: digui.

—No li dongui res del metje. ¡Qué saben ellsl res, res absolutament.

—Donchs me sembla que...

—Creguim. Llensi las medicinas, fássili uns perfums de flor de sauch, acótxil be; cada mitj hora *senyil* y cada quart digui un parenostre.

—¡Vol dir!

—Si, si: deixis de mata-sanos; fassi lo que li he dit y creurá á una ximple.

—